

PAN DE DULCE - Adela Alba

Mamita, mamita, ¡Cuéntanos de cuando a la niña de las montañas se le cayeron todos los panes de la cabeza! Mis niños no se cansan de escuchar las mismas historias de antaño decenas de veces. Complaciéndolos, la brisa de la memoria refresca mis recuerdos con dulces susurros de otras tierras y otros tiempos.

En un viejo Andino, color tomate de árbol, recorríamos apretujados el empinado y ondulado viaje entre Guayaquil y Cuenca. Mis padres, mis hermanas, la tía Chabela y yo conformábamos la agitada expedición. Mientras mi padre cantaba al son de la radio, mi madre iba regañando a mis niñas por su terco antojo de jugar a las manitas calientes en el embutido espacio. Apachurrada por el trío, mi tía se distraía risueña haciéndonos cosquillas entre baches y vueltas.

Intentando escapar del bullicio que hervía dentro de la camioneta, a ratos me concentraba en el paisaje hilvanado por tonalidades verdes y mareantes precipicios. Como enormes castillos, las montañas se alzaban imponentes y altivas. Sus murallas de lagunas serenas y densa neblina las abrazaban y protegían del tiempo. Un remezón y unos sonidos como los que hacen las camaretas de fin de año interrumpieron el hipnotizador espectáculo del páramo. A mitad del camino, al enclenque aparato se le ocurrió que ya había tenido suficiente por el día y cual niño malcriado se plantó sin más. Mi papá echó a andar en busca de un mecánico y el resto de la comitiva se quedó a la espera. Caminábamos en círculos mientras dábamos saltitos para entrar en calor.

Ya asomaba el mediodía y nuestros estómagos comenzaban a ronronear ansiosos. El frío penetrante que calaba en nuestros huesos costeros acentuaba el vacío de las cinco barriguitas. De repente, como parida de la niebla, apareció en el sendero una diminuta niña. Cual malabarista milenaria, meneaba sobre su cabeza una canasta repleta de esponjosos panes. Llevaba una blusa blanquísima con florecitas de todos los colores del arco iris que

bailaban una enredada danza bordeando la prenda y las holgadas mangas. Su cuello, adornado con un montón de collares, disparaba un incandescente resplandor sobre las montañas. Completando el atuendo, los vuelos color rojo vivo de la falda ancha se alzaban como ardientes llamas que mantenían calentita la apetecible carga.

A pesar de mi fascinación por el colorido personaje, mis ojitos golosos no tardaron en fijarse en los acolchados bocados que se asomaban coquetos desde su singular asiento. Entre cruel y burlón, el viento nos inundó con el succulento aroma de la masa. Con el estómago retorcido, mirábamos hacia la canasta de paja toquilla con ojos de cachorro triste pero fue mi tía Chabela la única que se atrevió a hacer algo más.

Como un leve silbido de pájaro, se escuchó un ¡*Ch-ch-ch!* La niña aceleró un poquitín el paso. ¡*Ch-ch-ch!* ¡*Oye niña!* retumbó cual brusca corriente alborotando los arbustos. Los pequeños y torpes pies revolotearon con un trote ligero. Finalmente, ¡*Oye niña, ven acá un ratito!* rebotó en ondas multiplicadas por el eco de los valles. A continuación y como en cámara lenta, una dorada cascada cayó desde lo alto de la cabeza. Cual olas en mar bravo, los vuelos de la falda rodaron presurosos por el camino empedrado. La canasta flotó un segundo en el aire antes de estrellarse contra el suelo y el aterrado ser, quien nunca miró hacia atrás, se perdió como alma en pena entre los pliegues de la neblina.

Lo tristemente cómico del suceso, el frío punzante y el hambre acechadora desembocaron cual ríos feroces en un desbordado ataque de risa que perturbó el silencio de las montañas por varios minutos. Tan solo nos dábamos tregua para absorber algo de aire pero enseguida nos engullía la escandalosa avalancha de carcajadas. Una vez agotadas las lágrimas, con las gargantas rasposas y las comisuras de los labios agrietadas por tan contagioso esfuerzo, nos acercamos sigilosas al humeante tesoro. Las ansiosas miradas se depositaron deleitosas sobre el acolchado monte. Con inmenso alivio descubrimos que una capa entera de panes se había salvado de aterrizar en el arcilloso suelo.

Nos echamos sobre el succulento botín sin vergüenza ni delicadezas. Era un goce apretar con los dedos el pegajoso manjar y anticipar con placer cómo la acolchada masa se disolvería sin prisas a pesar de la urgencia del hambre. A medida que la tibia mezcla se derretía en nuestras bocas y el dorado riachuelo resbalaba cariñosamente por nuestras gargantas, podíamos saborear la tierna leche, los huevos frescos y la suave mantequilla, fundidos como la niebla en el paisaje, en una dulce ofrenda.

Terminado el sabroso festín, colocamos unos billetes dentro de la canasta, confiadas en que su desaparecida dueña regresaría a rescatarla. Al poco tiempo llegó mi papi con un mecánico y en un dos por tres lograron que la caprichosa camioneta arranque. Sin mayor preámbulo partimos del elevado sitio. La duda sobre el paradero de la temerosa niña, quien con sus exquisitos y memorables panes de dulce alegró nuestro improvisado almuerzo en las montañas, quedó suspendida en el gélido aire. Vi apenada cómo quedaban abandonados la accidentada canasta y los panes excluidos de la comilona. Pero el barullo ya había comenzado y en un instante estaba intercambiando pellizcos con mis hermanas.

Un animado aplauso marca el final de la historia y una anhelante vocecita pregunta, *¿Mamita, algún día nos puedes llevar a comer pan de dulce en las montañas?* Apaciguo al ilusionado público con la segunda entrega, aún sin estrenar, de la azucarada saga.

Salido de las tibias entrañas de un horno de leña, un cerrito de panes de dulce acompañará nuestro recorrido. En el medio de un lugar que ha visto pasar a los incas y a sus descendientes y donde las montañas sueñan con nostalgia a sus hijos esparcidos como azúcar por otras tierras, hundiremos los dientes en la tierna masa. Envolviéndonos en el murmullo de un trote despavorido y una empalagosa carcajada, una suave brisa besará nuestras coloradas y abarrotadas mejillas antes de desaparecer en el cremoso aroma del pan y la tenue niebla del medio día.